

Biblioteca de "El Figaro"

PROSA Y VERSO

DE

JUAN ANTONIO SOLÓRZANO.

SAN SALVADOR,

IMPRENTA NACIONAL, 10ª VENIDA SUR, N.º 84.

1895.

A mis padres.

PARA que no andéis vagando así, tan mal vestidos, casi desnudos, dispersos, perdiendo hospedaje en esos palacios que se llaman REVISTAS, ó en esas casas de huéspedes que se denominan DIARIOS, yo os recojo, ¡oh páginas del alma! ¡oh versos del corazón! ¡oh caros hijos míos!

Antes de morir, quiero dejaros en vuestra casa que, aunque pobre, es vuestra: en ella viviréis juntos, como buenos hermanos: ya no andaréis por las calles como niños huérfanos ni como pájaros sin nido.

Cuando mis amigos quieran acariciaros, abridles la puerta, que ellos os aman como á sus propios hijos. Y si algún curioso transeunte espía por la ventana y os hace muecas burlán-

dose de vosotros, porque tenéis traje humilde, decidle : “Nuestro padre fue muy pobre, no tuvo lo suficiente para comprarnos diamantes, perlas, ópalos, topacios ni rubíes; él adornó nuestros vestidos con plumas de torcaes y de gorriones, con pétalos de gardenias y alas de mariposas. En el fondo de su alma nos engendró el Amor, y muy pequeñitos; antes de salir á la calle, nos arrullo en la cuna una niña pálida, de ojos negros, cuyas miradas, llenas de ternura, conmovían á nuestro padre, y nos ponían muy alegres..... ; Ah! esa niña nos quería mucho, nos besaba con pasión y nos colocaba entre clavelos rojos y mosquetas blancas, y rogaba á papá que nos pusiera vestidos nuevos y nos llevara de casa en casa para que las vecinas, las amigas, nos acariciarán como ella, nos quisieran como ella, nos besaran como ella..... Pero él se resistía; alegaba que nos iban á ver con desprecio, por ser hijos de pobre, porque nuestros humildes trajecitos de percal, al contrastar con los flamantes que usan los hijos de los príncipes, causarían risa, y se

burlarían de nosotros. Sin embargo, ella se empeñó en que gustáramos á las niñas enamoradas, y con tierna candidez se imaginaba que volaríamos en alas de la Fama hasta perdernos en las cumbres de la Gloria..... ¡Cómo se equivocaba!—Papá, que amaba tanto á su virgen pálida, por complacerla nos abrió las puertas, nos arregló como pudo, y nos sacó á luz.”

Sí, esa es vuestra verídica historia, ¡oh páginas del alma! ¡oh versos del corazón! ¡oh caros hijos míos!

* * *

Ya estáis juntos, en vuestra humilde casa; ya podré veros á menudo; ya no temo perderos de vista. Siento el placer que siente un padre, al calor del hogar, rodeado de sus hijos. Con las caricias de mis amigos, mis hermanos del alma, y con los besos de ELLA, de la virgen pálida, que os ama tanto, basta para que estéis satisfechos.

Mayo.—1895.

PÁGINAS ÍNTIMAS

LA NUBE NEGRA

A M. T. A. 1884.

ERA muy niño aún.

Mis ojos se recreaban en el grandioso panorama de la madre Naturaleza.

Aun no existía para mí el mundo de las pasiones.

Con sus alas de nieve me cubría la Inocencia y, con seráfica sonrisa, me hablaba siempre de Dios.

Con ese lenguaje tan sencillo y sublime, propio de la madre buena, me hablaba la mía de las magnificencias del Universo, y, tomando entre las suyas mis manos inmaculadas, decíame con ternura cristiana: “Mas allá de ese azul, está el dueño de todo, la Providencia por quien todo vive.”

Así me hablaba mi madre, la que me enseñó á conocer al Supremo Autor de los mundos, á contemplar las grandezas de la Creación, á amar lo bueno y lo bello; la que después de haberme na-

rrado cuentos de ancianos virtuosos y de niños santos que volaban al cielo con alas blancas como la pureza, me adormecía con aquellos dulces cantares de la poesía popular, que casi siempre comienzan con los inefables versos de

*Dormite, niñoito,
que tengo qué hacer. . . .*

y luego, inclinada sobre mí, me bendecía, sonreía y lloraba, pensando quizá en la lucha constante de la felicidad con la desgracia.

¡ Ah! ya sé por qué se anegan hoy mis ojos con lágrimas ardientes!



Constantemente soñaba con ángeles que me cautivaban, me sonreían y besaban, y que, al llamarme, se perdían en el azul.

Una de tantas veces, soñé que un ángel, hermoso como la virtud, se llegó á mí, y, con acento tan dulce como la promesa del amor primero, murmuró á mis oídos:

—¿Quieres ir allá donde se asoma aquella estrella?

—Sí, sí, respóndile anhelante.

—Pues ponte mis alas,—me dijo, quitándose las
suyas resplandecientes,—y al instante sentí que
volaba con rapidez, atravesando las nubes.....

Y la estrella brillaba lejos, siempre lejos.

* * *

De improviso apareció ante mí una nube negra,
que me arrebató las blancas alas, y me arrojó á un
abismo de tinieblas.....

Y con descenso vertiginoso me sepultaba en a-
quel abismo funesto, cuando sentí que el genio de
la felicidad me salvaba entre sus brazos, besando
mi frente con pasión..... y desperté.

* * *

Mi madre, sonriente, me tenía en su regazo.

—Madre, murmuré, gozoso y fatigado, me sal-
vaste de la muerte!

—Soñabas?

—Sí. Iba volando á coger una estrella, cuando
una nube negra me quitó las alas; y ya me sepul-
taba en un abismo, cuando tú me libraste, buena,
como todas las madres.

—¡Pobrecito, hijo mío! Esa estrella que te atrajo engañosa y la nube negra que te asustó, ya sabrás qué significan.



Rezamos, y después de la petición del affigido, llevóme á la puerta, y señalándome el firmamento, pronunció conmovida:

—Por allá volabas tú, cuando la nube negra te arrancó, despiadada, tus alas sin mancha.

Y me estrechó contra su pecho, pidiendo al Padre de los niños que me sacara incólume del mar tempestuoso de la vida.

—¿Por qué lloras?

—Más tarde lo sabrás, hijo del alma.



¡Oh, madre, madre querida! hasta ahora comprendo por qué llorabas!.....

Con la intuición maternal adivinabas que la estrella de la felicidad no alumbraría mi camino en la tierra.

Presentías, con la visión del amor más puro, que la nube negra de los desengaños y amarguras me precipitaría en el abismo de los dolores.....



EN LAS BODAS

M. J. SERRADA RIVERA

Vienen de recibir las bendiciones
con que, en nombre de Dios, al pie del ara
el sacerdote para siempre ha unido
dos corazones engendrando una alma !

* * *

Lira no tengo, mágico tesoro,
para cantar tu epitalamio, hermana
¡ Yo tengo sólo para tí, este día,
una ofrenda no más . . . ¡ sólo mis lágrimas !

* * *

Sabes por qué mis ojos se humedecen
con el llanto que brota de mi alma ?
¡ Es que se agolpan á la mente mía
los más caros recuerdos de mi infancia !

* * *

En mis juegos de niño, cuántas veces
con solícito afán tú me cuidabas!
Y, cual mi tierna madre, si gemía,
con tus besos mis lágrimas borrabas!

* * *

Tú pusiste en mis labios oraciones,
que en las horas de angustia reza mi alma!
Tú de la mano me llevaste al templo. . . .
¡Me enseñaste á tener fe y esperanza!

* * *

Tú has sido para mí segunda madre,
me velaste leal junto á mi cama
cuando abrumado por tenaz dolencia
pocos, muy pocos hacia mí llegaban. . . .

* * *

¡Hasta ahora comprendo cuánto te amo!
¡Hoy que ciñes laurel de desposada!
¡Hoy que te alejas del paterno techo
y que te vas del nido de tu infancia!

* * *

Adiós! Adiós!....Hoy siento que solloza
aquí en mi pecho adolorida mi alma....
Adiós!.... que el cielo te proteja siempre,
y que sea feliz tu unión sagrada!



UN SUEÑO MÍSTICO

IBA á hacer mi primera comunión.

—Mi madre estaba alegre, muy alegre. La casa olía á víspera de fiesta: palmas de cocoteros amontonadas en el patio; muchachas que entraban con cestos repletos de flores húmedas; mis hermanas afanadas arreglando las cortinas blancas y los estrenos de los niños; en la cocina, un grupo de cotorronas y muchachas reía y charlaba alegremente, y por las puertas espiaban unos cuantos curiosos.

—Han dado ya las nueve—dijo mi madre—y aun falta mucho qué hacer: hay que preparar las sargas de flores de la cruz y los ramilletes para el altar de la Virgen. El vestido de María no está concluido, ni la florista ha mandado la guirnalda de azahares y la corona de laurel y rosas. Hoy, de seguro, nos acostaremos á las doce.

—¡María! María! gritó adentro la costurera, llamando á mi hermana.—Ven, quiero probarte el trajecito.

—Corre, niña, corre! que te prueben el traje y ¡á la cama! hay que madrugar. Cuando los clarines toquen diana, á las cinco, debemos estar ya en pie.

Y todos entraron en el aposento.

En esto se oyó un murmullo en la salita:—“¡Qué linda está! Le va á caer muy bien! Jesús! qué naturales están estos azahares! si parece que los acaban de cortar!” Eran mis primas que se deshacían en elogios á la guirnalda que acababa de mandar la florista.

De mi humilde corona de laurel y rosas nadie hablaba. Mi madre entró llevando de la mano á María, que iba con su traje blanco.

—Ahí viene la novia—exclamaron todos sonriendo.—Bien—dijo mi mamá—he oído los elogios que han hecho ustedes de la guirnalda; pero nada han dicho de la corona, por lo que supongo que no la han traído.

—Cómo no!—respondí yo desconsolado, viendo que la tal corona era demasiado grande para mí.

—No, hijo, continuó mi madre, los varones llevarán las coronas en el brazo derecho: no impor-

ta que sea grande. (Y dirigiéndose á los demás) Ya vimos que todo está bien, y listo. Ahora, hijos míos, encomiéndense á la Virgen y á los ángeles de la guarda y ¡á dormir!

Acababan de dar las cinco. Los clarines tocando diana nos habían despertado. La casa amaneció olorosa á flores frescas y adornada de cortinas blancas, con listones azules y ramilletitos de jazmines y azahares; las palmas de cocoteros formaban arcos, de uno y otro lado, en los corredores, y el suelo estaba cubierto por una espesa alfombra de eiprés picado y flores de corozo.

Las campanas de la vecina iglesia, desatándose en alegre repique nos invitaban á levantar el alma á Dios. A esa hora todo era afanes. Mi hermana mayor arregló en un momento á María, le puso la guirnalda de azahares y el velo, y le dió un librito con pasta de concha-nácar. A mí me pusieron un vestido azul y sombrero de paja, me prendieron la corona de laurel en la manga del brazo derecho, y me dieron una vela y el libro de oraciones.

—Ya dieron el tercer repique, y hasta aquí llega el olor de los incensarios de la Merced—dijo

una de mis hermanas,—pongámonos en marcha.

Y salimos todos juntos. En la calle nos esperaba una multitud de niñas y niños rubios vestidos de blanco. A ninguno pude reconocer. Eran divinamente bellos.—Son angelitos, dijo alguien, y mi curiosidad creció. Quería oírles la voz, y les hablaba, pero ellos solo me miraban y se sonreían.

La calle por donde caminábamos me era completamente desconocida: muy amplia, con palacios hechos de plata y oro, adornados con gallardetes y cortinas blancas, teniendo á uno y otro lado frondosos naranjos florecidos, que despedían embriagadores aromas. Por los balcones de cristal se asomaban séres de extraordinaria belleza, y sobre las torres y las cúpulas, y bajo un cielo soberanamente hermoso, revoloteaban palomas blancas y pájaros azules.

Llegamos al templo: las enormes puertas de bronce estaban abiertas: del interior salía el perfume de los lirios mezclado al olor del incienso y de la mirra. Entramos: por las ojivales ventanas empezaban á penetrar los rayos del sol, y músicos invisibles preludiaban con arpas y violines: una tenue nubecilla formada por el humo que despedían los incensarios, llenaba las naves del templo.

Llegamos frente á la capilla principal, y, de repente, como por encanto, salió de no sé donde un sacerdote anciano, revestido con albísima casulla, y, seguido de monaguillos rubios, subió las gradas de mármol del altar, y empezó la ceremonia.

El sacerdote se inclinó á rezar, y la orquesta invisible rompió el silencio con una sinfonía, y el altar se iluminó con resplandores divinos, y entre las nubecillas de incienso que circundaban la imagen de una virgen blanca que miraba al cielo, asomaron sus rostros de mejillas sourosadas, multitud de niños con alitas de oro.

Cuando el sacerdote cantó gloria, se oyó un himno triunfal entonado por voces angélicas, y las naves del templo se ensancharon prodigiosamente, las bóbedas y las cúpulas desaparecieron, y las columnas de mármol y el altar que sostenía á la Virgen Blanca tocaron el cielo azul.

Y los ángeles y las vírgenes cantaron:

Gloria in excelsis Deo.

Y envuelto en su manto de luz, apareció el Eterno: todos aquellos séres sobrenaturales se arrodillaron sobre las nubes que los sostenían. Hubo un momento de silencio, y el Creador bendijo:

á sus criaturas, y desapareció al són de una marcha regia.

Entre tanto, el sacerdote alzaba en sus manos la hostia inmaculada.....

Las campanas resonaron en las altas torres, y los monaguillos rubios agitaron las campanillas.

Los artistas invisibles entonaron solemnes antífonas y salmos de gloria, acompañados por la música sublime de los ángeles, y todos inclinamos nuestras frentes adorando al Altísimo.

De pronto sentí que me quitaron la vela y me la volvieron á dar encendida. Volví á ver á María, y estaba transfigurada. Su cabeza la circundaba un halo de luz, luz que despedían los místicos azahares de la guirnalda, y de los hombros le nacían alas de inmaculada blancura.

El sacerdote se acercó á nosotros, nos hizo murmurar una oración y puso en nuestros labios la sacratísima hostia. Y los niños rubios entonaron en coro un himno en acción de gracias.

Las campanas volvieron á repicar en las altas torres, los monaguillos rubios agitaron de nuevo las campanillas, y allá lejos, muy lejos, clarines y tambores tocaban diana.

En esto, siento que me agarran y me sacuden suavemente, y.....despierto.

Era mi madre.—Ya es hora, me dijo—están tocando la diana de las cinco y acaban de dar el primer repique.

—Ah mamá!—le contesté,—acabo de comulgar.



À UNA SEÑORITA.

DICE Ud. que los poetas no aman, que no pueden, que no deben amar, porque su misión es la de los senzontles, la de los canarios, la de los mirlos; esto es, cantar, trinar, deleitar, ya sea en las agrestes selvas, ya en los jardines florecidos, ó, ya presos en jaulas de oro, en el alcázar de algún príncipe ó en el palacio de algún creso.

Convengo con Ud. en que los poetas tengan la misión de los pájaros, como que alguien les ha llamado “ruiseñores sin alas,” pero en lo que no estamos de acuerdo es en que no amen. . . . ¿por qué no?—“porque no pueden estar en un punto fijo—dice Ud.—porque se enamoran de cuanto bello encuentran á su paso, y olvidan al sér que tal vez se muere por ellos.” Y me cita Ud. á un pobre poeta que le hizo muchos versos y que le decía ternuras que casi la hacían llorar “porque las de-

ecía de tal modo. . . .—dice Ud.—que aquello parecía verdad; parecía el más grande y el más dulce de los enamorados. . . . y se alejó de mi ciudad natal, les fué á cantar á otras, y. . . . no lo volví á ver más. Dicen que murió no sé dónde.” Pues bien, ese infortunado poeta, que fué mi amigo, ¿sabe Ud. si en sus horas amargas, allá, en su cuartito, á solas, pronunciaba su nombre entre sollozos y suspiros? ¿sabe, acaso, si el último pensamiento no fué para Ud.? El destino es muy ingrato, las más veces, con las almas grandes: esa es la causa de qué algunos poetas vaguen como pájaros sin nido.

—“Sou como las mariposas, como los gorriones, como las libélulas, que andan de flor en flor, sin fijarse en ninguna. Así son los poetas: les cantan á todas y no aman á ninguna.” Esto dice Ud. en apoyo de su tesis. Yo le digo que los gorriones, las mariposas y las libélulas, aman también, como los poetas: los gorriones van de flor en flor, perfumando sus piquitos, para que la amada encuentre sus besos embriagadores y dulces: las flores no son más que amigas; la amada es la gorrioncita que le espera entre el follaje de los limoneros: y esto hacen también las mariposas y las libélulas.

.....Y los canarios? y los senzontles? y los mirlos? ¿no ha visto Ud. morir de tristeza alguna vez á un pajarito de éstos, cuando le arranean la compañera, cuando le quitan la esposa, la amada? De Ud. misma ¿no se ha enamorado, acaso, algún canario, que gustaba de darle besos y que se entristecía cuando Ud. no le hablaba?

Ya ve Ud. cómo los poetas, los pájaros y las mariposas pueden amar y aman, porque son todo alma, todo amor.



NOTAS

I

Oh! qué idilios se recitan
las aves enamoradas,
escondidas en los toldos
de las florocidas ramas!



Qué madrigales se dicen
las flores entusiasmadas,
al besarse en los jardines
al impulso de las auras!



Qué secretos, qué suspiros
de niñas apasionadas,
llevan las nocturnas brisas
en sus invisibles alas!



Qué alegías, qué sollozos
por tristezas ignoradas,
los de la ola gemebunda
que desfallece en la playa!

* * *

Y qué tétricos acordes
duermen ; oh Dios! en el arpa
del poeta que delira
con beldades que no le aman!

II

Por distraer mi espíritu abatido
en las horas de amarga decepción,
tomo la lira de las cuerdas tristes,
y hago versos dulcísimos de amor.....

Versos que al mundo
yo nunca doy,
porque el mundo, que es necio, se ríe,
se ríe de todo profundo dolor!.....

; Dejádme mis versos,
mis versos de amor!

III

Mujer con alma de ángel

y candidez de lirio,
tan bella cual la Eva
del sacro paraíso,
que mire así cual miran
las vírgenes de Urbino,
y que, amorosa y tierna,
dé besos tan dulcísimos
cual los de aquella amada
de los cantares bíblicos.



Tal es la mujer bella
que en mis ensueños miro....
¡Así quiero la esposa
para mi hogar tranquilo,
y la adorada madre
de mis soñados hijos!....
.....
.....
Ah!.... si sueños de opio
parecen mis delirios!

IV

Como van las pintadas mariposas
por prados y campiñas,

buscando flores do libar con ansia
la miel que les da vida,
así vuelan mis notas por el mundo,
errantes y perdidas,
buscando una alma cariñosa y pura
que les brinde, benigna,
el néctar del amor. . . .

Dí : no has soñado
con besos y caricias ?

V

Luz misteriosa que me llena el alma
de célicas delicias,
es la que irradia de tus negros ojos
encantadora niña.
Ah ! mírame, trigueña idolatrada,
sol de mi vida !
¡ Tus miradas convierten mi tristeza
en plácida alegría !

VI

Cada vez que te miro, siento impulsos
de llorar mis desdichas . . .
y, al pensar que te adoro, se me escapan
melancólicas rimas.

VII

Todas las noches, en sueños
veo á mi niña adorada,
que de lejos me sonrío
y parece que me llama.

Avanzo, avanzo, y me dice
encantadoras palabras,
á las cuales yo contesto
con frases entrecortadas.

—“Dame un beso,—al fin le digo—
dame un beso, si es que me amas”.
—“Sí, te lo doy”—me contesta—
mas me despierto al besarla.

—“¿Que te has hecho?”—exclamo entonces,
y aterradores fantasmas
ver me parece que surgen
de mi reducida estancia.

Y allá de lejos, muy lejos,
el eco de voz pausada
llega á mi oído diciendo:
“Contigo sueña la que amas.”

ACUARELA

ERA una hermosa mañana del mes de mayo.

El cielo estaba muy azul y muy verde el campo.

En las frondas trinaban los senzontles, y en el alero de la casita blanca, se arrullaban dulcemente las palomas.

En los rosales y en los jazmineros revoloteaban, en precioso enjambre, los gorriones tornasolados y las mariposas de iris.

Cerca de la casita, y junto á los limoneros en flor, estaba ella, la seductora visión de mis ensueños, el casto ideal de mis delirios, mi amada, rodeada de un grupo encantador de alegres niñitos que, con su incesante charla, con sus risas argentinas con sus saltos y con sus exclamaciones inocentes, formaban un cuadro digno de ser descrito por la pluma de un artista.

—Ya les daré á todos!—decía ella, alzando con

ambas manos un cesto repleto de manzanas-rosas, naranjas, limas y otras frutas.

—¡A mí! á mí primero!

—¡A mí, manzanas!

—Yo quiero limas!

—Y yo naranjas!

Tales eran las exclamaciones que se escapaban de las bocas de aquellos bulliciosos chiquillos.

—¡Silencio, pues, silencio! repetía ella, esforzándose en presentar un aspecto serio: formen todos aquí y nadie me pida.

Los chicos, siempre charlando, empezaron á alinearse; mas la empresa fue haciéndose por momentos difícil, pues todos querían ser los primeros en la fila; y ya el uno empujaba al otro, ya se pellizcaban, se arrebataban los sombreros y se tiraban del cabello: total, que se armó una algazara y una bulla capaz de sacar corrido al más paciente de los mortales.

—¡A nadie le doy! -exclamó por fin ella, un tanto enojada, é hizo como que se iba.

—Si ya estamos quietos!—dijeron entonces á una voz los chiquitines, formando en fila muy serrecitos.

Una sonrisa encantadora plegó los labios de mi amada, y fué repartiéndoles las frutas.

Quedóle en el cesto un racimito de manzanas-rosas.

—¡Esas son mías!—exclamé yo, que lo observaba todo, sin ser visto, á la sombra de un emparrado.

—¡Ah! con que tú estabas allí, no? Bien te divertiste con la fiesta!—me dijo sonriendo.

—¡Oh sí!—le contesté—quise contemplar á mi gusto un cuadro tan bello. ¿Una virgen rodeada de ángeles, mira si no es hermoso!

—Calla, calla, replicó—¿qué me decías de estas manzanitas?

—Que eran mías, ¿no es cierto?

—¡Ah, sí! son tuyas!... Tómalas, pero antes (y se las llevó á los labios y las besó) deben llevar algo mío. Toma.

Y puso el racimito en mis manos: nos miramos un instante, y yo, estupefacto, no pude ni darle las gracias. Ella, lo mismo, sin decirme palabra, corrió donde estaban sus hermanitos.

.....
¡Oh, mi niña encantadora! El recuerdo de aquella feliz mañana no se borrará jamás de mi memoria! Tus manzanas recibieron á hurtadillas mis besos y mis lágrimas....

¡Gracias, amada mía, gracias!



EN GUATEMALA

(ON MI CARTERA DE VIAJE)

DOS DE OCTUBRE DE 1893.—Acababan de dar las once de la noche cuando sentí que llamaban á mi puerta.

—¿Quién es? pregunté.

—Toño Delgado acaba de morir! levántate! levántate!

—Eres tú, Luis? Esas bromas no me gustan.

—Si no son bromas, hombre, levántate, vamos.

—El tono suplicante con que fueron dichas aquellas palabras, me hizo comprender que no se me engañaba. Vestíme apresuradamente y abrí la puerta. Mi amigo Luis, tan alegre y bromista en otras ocasiones, estaba recostado contra la pared, sollozando como un niño. Acerquéme á él y tocándole un hombro, le dije:—No me engañes, hombre, no me engañes. Yo he estado hace poco

en casa de Toño; es verdad que estaba enfermo, pero no de gravedad. Hablamos de la situación política del Salvador. Me decía que á veces perdía la esperanza de ver á la patria libre de las garras de la tiranía.....

—“¡Pobre El Salvador!.... pero no, agregaba, el día de la justicia ha de llegar; los patriotas, los hombres honrados, los hombres puros no se han acabado aún en nuestra tierra. Ya me parece que veo el derrumbamiento del trono de la tiranía!.... Ah! eso va á ser terrible y hermoso!.... ¡La Revolución!.... ¡Cuánto sueño con esa revolución redentora! Después de pasada la lucha en los campos de batalla, nos quedaremos luchando por la prensa en el campo de las ideas.... Ya me parece que veo imperando en El Salvador el sistema de Gobierno parlamentario, nuestro ensueño más bello;—luego vendrán las asociaciones políticas, literarias, comerciales, de artesanos; haremos que se funde un buen conservatorio de música, una escuela de Bellas Artes; tendremos buena prensa y por último exclamó con una fé profunda: ¡Ya verás cuánto haremos progresar á aquel pueblo!” Ah! se me hace increíble que un joven que abrigue tan nobles sentimientos, muera antes de ver

realizados sus ensueños, lejos de los seres más amados de su alma, lejos de aquella patria que no volverá á ver más!..... ¡No! Delgado no ha muerto!.... Es imposible! no lo ereo!

—Así parece, pero es la realidad—me dijo Luis.—Ya lo verás. Andemos, andemos.

En esto llegamos á la casa. En el zaguán había un grupito de amigos que al vernos llegar se apartaron silenciosos. Entramos. En los corredores conversaban en voz baja unos personajes de la emigración salvadoreña; los saludamos con una ligera inclinación, y penetramos en la cámara mortuoria.....

Oh sí! era cierto: mi amigo Luis no me había mentido: JOSÉ ANTONIO DELGADO, el joven proscrito, el patriota sin mancha, el poeta sentimental, había muerto! Aquel corazón que palpité impulsado por generosos sentimientos, estaba inmóvil; aquella alma grande había volado al seno de su Creador.

Estupefacto quedéme al penetrar en aquella estancia fúnebre. Me acerqué al lecho donde yacía el cuerpo rígido del poeta, levanté el velo que le cubría el rostro, aquel rostro que acababa de empalidecer el beso de la Muerte, y contemplé por

última vez aquellos ojos, ya sin luz, que no volverían á ver más los risueños campos de la patria hermosa, el espléndido Valle de las Hamacas, cuyas brisas mecieron su cuna, la ciudad querida en donde se deslizaron los días felices de su infancia, y en donde le esperaban ansiosos, para darle el abrazo de bienvenida, los seres más amados de su corazón.....

Con el alma le dije *¡ adiós !* y dejé caer el velo.

.....

DÍA 3.—Muy de mañana la noticia infuasta había corrido por toda la capital de Guatemala, y se había transmitido por telégrafo á los amigos de San Salvador.

A la casa mortuoria llegaban, de momento en momento, artísticas y valiosas coronas que las principales familias de la ciudad le enviaban al poeta.

Aquello me parecía un sueño, una pesadilla horrible: veía llegar á multitud de emigrados salvadoreños, como asustados, llevando en el rostro la expresión de la melancolía más profunda: entraban, y uno por uno le levantaba el velo para darle la última mirada al simpático rostro del infortunado compatriota.....

A las cuatro de la tarde lo conducimos al Cementerio: los amigos quisieron llevarlo en hombros á pesar de la enorme distancia que se debía recorrer; más de trescientas personas formaron el cortejo. Ya para ocultarle para siempre en el sepulcro, se pronunciaron elocuentes oraciones fúnebres, y nuestro dulcísimo vate Vicente Acosta recitó unas conmovedoras estrofas en que decía el *último adiós*, al poeta, al patriota y al amigo.

Después de regar unas *inmortales* sobre el ataúd, regresamos á la ciudad.....

.....



LILIA

[MONTAÑA DE...]

—¡Qué difícil, amigo, qué difícil es viajar por el interior de las repúblicas de Centro-América! ¡Cuántas penalidades, cuántos obstáculos se nos presentan á cada paso! Verdaderamente estoy fastidiado, desesperado, aburrido!... ¡Tres días de buscar bestia en este San Felipe, y no encontrarla!... ¡qué barbaridad, hombre, qué barbaridad!

—En verdad que esto es inaguantable, Mr. Jeuny. Por no seguir en ese maldito hotel, que tan mal sirve y que tan caro cobra, me aventuraría á hacer el viaje á pie hasta Quezaltenango.

—Y yo también; de lo contrario, creo que pasaríamos todo el invierno y parte del próximo verano en este pueblo.

Tal era la conversación que sosteníamos, parados en una esquina de la plaza de San Felipe, un

inglés y yo, después de tres días de haber recorrido todo el pueblo en busca de bestias.

Regresábamos desconsolados al hotel, cuando sentí que me tocaban suavemente el hombre.

Volví la vista, y me encontré con un joven bien parecido, que, con mucho cariño, me decía :

—Ud. es don Antonio? ; Ud. es don Antonio?

—Sí, yo soy—me apresuré á contestarle.—Tiene usted bestia?

—No, no; es difícil conseguir aquí. Vamos donde mamá: ella puede hacerla venir de nuestra quinta ó de Quezaltenango: tiene recomendaciones para ayudar á usted en lo que pueda.

—Oh! gracias, caballero, gracias! ; Cómo se llama su señora mamá?

—Julia García de Otero.

En esto llegamos á la puerta del hotel.—“Un telegrama para Ud.”, dijo el cantinero, poniendo en mis manos el mensaje.—Con avidez rompí el sobre y leí: *Mándole bestia. Végase mañana temprano.*—*Editor de El Bien Público.*

Le mostré el parte al desconocido joven.—Ya ve Ud., le dije, ya ve Ud. que no hay necesidad de que se moleste su mamá; sin embargo yo iré á darle mis más expresivos agradecimientos.

—Muy honrada se verá mi casa con su visita— respondió el joven Otero, inclinándose respetuosamente.—Y si Ud. gusta podemos ponernos en marcha.

—Como le parezca, contesté. Y en el acto salimos con dirección á casa de doña Julia.

Bien pronto divisamos, escondida entre un bosquecillo de naranjos y limoneros, una casita blanca, con una puerta y dos ventanitas que daban á la calle.

—Allá es,—exclamó Otero, señalando la casa.

—¡Con cuánto placer viviría yo en ese sitio al lado de una virgencita rubia que me quisiera mucho, murmuré suspirando por una beldad desconocida.

En este instante vimos asomarse por una de las ventanitas, el hechicero rostro de una niña, que luego desapareció.

—Ya Lilia nos vió, y ha corrido á dar parte á mamá—dijo mi acompañante.

En efecto, al llegar nosotros á la puerta del jardín, oímos los gritos de la joven, que llamaba á doña Julia.

—Tenga la bondad de pasar adelante—díjome ceremoniosamente el hermano de Lilia.

Entramos al saloncito al mismo tiempo que la señora penetraba en él por la puerta interior.

Después del saludo y presentación de estilo, entablamos conversación :

—Pues don Alberto, dijo doña Julia, me telegrafió de Quezaltenango, diciéndome que Ud. estaba aquí de paso, y que le facilitara la manera de continuar su viaje; por eso es que mandé á Julio á que lo buscara hasta encontrarlo.

—Y lo encontré, agregó éste; él estaba con un *gringo* en la esquina de la plaza, cuando me lo enseñó el hotelero. Precisamente íbamos hablando de la dificultad de conseguir bestias en este pueblo, cuando al llegar al hotel, recibí un telegrama del Editor del *Bien Público* en que le avisaban que le mandan una.

—Siento mucho no haberle podido servir, pues el mensaje me vino hasta hoy al medio día; pero si en algo le puedo ser útil, ya sabe Ud. que no tiene más que ordenarme.

—Gracias, señora, gracias.

La conversación siguió sobre los percances de los viajes: se habló de las costumbres de mi tierra y de las de Guatemala, del calor de Retalhuleu y del frío de Quezaltenango.

Lo que á mí me inquietaba, sobre todo, era no ver á Lilia, la preciosa rubia que había visto asomarse á la ventanita momentos antes, y pensando sobre la astucia que debía emplear para conseguirlo estaba, cuando las carcajadas y los gritos de los chicuelos afuera hizo levantarnos é ir al lugar de los sucesos.

—¡Mamá, mamá, mire!.... ¡já, já, já! cómo les van siguiendo!.... ya las pican! ya las pican! ¡já, já, já!—Y Lilia seguía riéndose, metida en una pajarera, viendo cómo unos gansos perseguían á unas niñas de la vecindad que habían llegado á comprar flores.

—Vea que muchacha—me dijo doña Julia.—Parece una chiquitina esta *viejona*.

—Pero si eso es de dar risa, mamá, qué quieres que haga? respondió Lilia, riéndose todavía.

Y seguimos por las callecitas del jardín, hasta llegar á la pajarera que estaba en el centro.

—Buenas tardes, señorita, dije admirando la arrobadora belleza de aquella muchachita de catorce años.

—Buenas tarde, señor, contestó Lilia acariciando con sus manecitas albas á un picarillo senzonte que se hacía el enfermo; si viera usted cuánto

me quiere este *chichí*. Cuando está bueno me adula mucho, sí, me adula este picaronazo; apenas me ve llegar, se me sienta en los hombros ó en la cabeza, hasta que lo agarro para darle de comer, y ¡qué antojadizo es el mimado! quiere que me ponga los granitos de arroz en la boca para de allí sacarlos.... ¡la manía de besar!.... Así son todos los pájaros. Hace otra picardía: engaña á uno poniéndose á cantar como los otros. Vea, ya está bravito porque estoy hablando de él, se le erizan las plumitas de la cabeza, y me mira con unos ojos!.....

—Basta de charla!—exclamó doña Julia, golpeando con una mano las rejas de bronce de la pajarera—sal de ahí; vamos á la sala; á ver qué le tocas ó qué le cantas al señor.

—Si yo no sé tocar ni cantar bien. Ahí está Julio: él sabe.

—Bueno; yo tocaré y tu cantarás algo—replicó mi amigo,—la *Serenata de Schubert*, por ejemplo, las *Golondrinas* ó cualquiera otra cosa.

—Nó: la *Serenata* luce sólo ya bien noche y no cuando el Sol se está poniendo: cantaré unos versitos á los que Julio les ha compuesto música.

Y Lilia salió en el acto de su palacio, como ella

llamaba á la pajarera. Nos encaminamos al saloncito. Ya instalados en él, Julio se sentó al piano, y Lilia, parada á un lado, cantó:

“Quisiera subir al cielo,
y estampar tu nombre allí,
para que al alzar los ojos,
pensaran todos en tí.

“Consulté con las estrellas
para saber mi destino,
y noté que se movían
y formaban tu apellido.

“Procura no despertarme
cuando me veas dormir,
no sea que esté soñando
y sueñe que soy feliz.

“De tanto mirarme en tí
como tú me estoy volviendo;
que si el mar es tan azul
es de mirar tanto el cielo.”

—Muy bien, señorita!—Muchas gracias—exclamé aplaudiendo—esos cantarcillos son muy delicados, y la música muy apropiada, y la cantatriz excelente.

En esos momentos sonó la campanilla en el comedor.

—La mesa está puesta,—dijo doña Julia,—tenga la bondad de acompañarnos.

—Gracias, doña Julia.

—No hay excusas que le valgan. Ud. va á tener la amabilidad de aceptar un puesto á mi humilde mesa.

Y en efecto, cuanta excusa puse fue envano. Entramos, pues, á la sala del comedor, cuyas ventanitas de cristal miraban al jardín.

Doña Julia ocupó la cabecera de la mesa, Lilia la derecha, y Julio y yo la izquierda. Como es costumbre en ocasiones como ésta, empezamos á hablar de los platos favoritos de cada uno, y de los especiales de nuestros países, luego de las costumbres peculiares de estos pueblos, llegando por fin la conversación á recaer sobre literatura.

—Pues yo no conozco más que tres novelas, un libro que se llama *Azul*, que me obsequió un salvadoreño el año pasado, y algunas colecciones de versos,—dijo Lilia.—Pero sobre todo, prosiguió alzando un poco la voz,—lo que más me ha gustado, lo que más me ha encantado, lo que más me ha hecho soñar cosas lindas, es ese *Azul*—¡Jesús!

qué lenguaje el de ese poeta ! si no se cansa uno de leer esas páginas ! esos versos ! Y empezó á recitar el *Primaveral*. Al concluir, exclamó :—“¡ Si hasta el nombre del poeta es bonito : Rubén Darío !”

—¡ Tomemos, pues, á la salud de los poetas !— dijo el hermano de Lilia escanciando en los vasos el *Angélica*.

—¡ A la salud de nuestro huésped ! exclamaron todos á la vez.

—Salud !—contesté, tocando con mi vaso el de Lilia, el de la señora y el de Julio.

Libamos, y la charla siguió más animada. La sobremesa se prolongó hasta ya entrada la noche. La Luna, que parecía surgir de la vecina selva, tocaba con sus pálidos rayos los cristales de las ventanas, llegando hasta besar el rostro de la bella Lilia.

—Hoy sí, exclamó ésta, hoy si que canto la *Serenata* ! Vamos, Julio, acompáñame al piano.

Y pasamos todos al salón.—Por supuesto—prosiguió ella, que Ud. debe haberla oído espléndidamente en San Salvador, y por consiguiente, aunque yo la cante mal, debe traerle muy gratos recuerdos.

—Recuerdos de la patria, que siempre son gratos, señorita, contesté.

—Y de la novia,—agregó doña Julia.

—O de la familia, repuso Julio sentándose al piano y arreglando la solfa.

Después de un momento de silencio, con voz dulcísima y tierna, Lilia hizo llegar á mi alma las notas inefables del divino Schubert.

El canto aquel era como

“Eco de brisa que halaga;
el prelude de un salterio;
notas que vierte una maga,
suspiro de amor que vaga
de la noche en el misterio;
el tierno y dulce quejido
de un ave que al nido sube
y encuentra desierto el nido;
flauta que se aleja; el ruido
de la alas de un querube.”

Cuando ella hubo terminado, sentí en el alma no sé qué extraña emoción que hizo asomar las lágrimas á mis ojos: los más caros y dulces recuerdos de la patria se agolparon á mi mente, y la nostalgia vino á atormentarme.

—Mi canto le ha hecho mal—dijo Lilia sentándose frente á mí.

—No, señorita, es que esa música lleva “muchas tristezas y ternuras mías.”

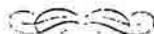
—Pero ya verá Ud.—interrumpió doña Julia—á la vuelta de uno ó dos meses de estar en Quetzaltenango, las tristezas habrán volado y sólo le quedarán las ternuras.... Yo me trasladaré allá, y tendré ocasión de verle alegre.

—Mucho placer será para mí. Uds. serán allá mis amigos predilectos.

Mientras tanto Lilia no desprendía de mí la mirada. Aquellos ojos azules clavados en los míos, parece que sondeaban lo más íntimo de mi alma, hablándome en no sé qué dulce y misterioso idioma.

Las campanadas del reloj, que marcaba las diez, me sacaron de aquel éxtasis.

En ese momento púseme en pie y despedíme de aquellas buenas gentes.



UN SUEÑO DE NOVIEMBRE

NOVIEMBRE. ¡Cómo era esperado por mí este mes de las fiestas fúnebres, allá en los risueños tiempos de mi infancia!

Oh sí! recuerdo que muy de mañana iba al campo á cortar ramos de cipreses y siemprevivas para tejer coronas para los sepulcros de los amigos muertos.

Entonces yo no tenía aún deudos cercanos que visitar en la ciudad de las tumbas. Y con una tristeza inexplicable, quizá con envidia, veía á las gentes enlutadas que iban camino del cementerio con enormes cestos repletos de flores y de valiosas coronas para adornar los mausoleos de sus padres, de sus esposos, de sus hijos.....

—¡Sólo yo no tengo á quien llevarle coronas y flores!—exclamaba entonces. Y confundido entre aquella multitud, me dirigía al campo-santo á

adornar con sencillas coronas las humildes losas de los muertos pobres.

Cuando regaba flores sobre un sepulcro olvidado, sentía una satisfacción inmensa. Oh sí! me parecía que el alma de aquel difunto vagaba en esos momentos, allí cerca, quizá triste, tal vez indignada, viendo cómo le daban al olvido aquellos seres á quienes ella amaba tanto!

Y creía oír entre el susurro de las brisas que agitaban los sauces, sollozos y suspiros, algo así como una súplica, y, conmovido, murmuraba una plegaria. Y luego, como salida del fondo de un abismo y pronunciada por un agonizante, llegaba á mis oídos la palabra "gracias".....

A pesar de sentirme satisfecho de mi obra, ligeros escalofríos conmovían mi cuerpo y, murmurando otra plegaria, me alejaba del cementerio.

* * *

Acababa de pasar el 2 de noviembre. Ese año no me había sido posible ir á visitar las tumbas en el propio día de los difuntos. ¡Cuánto sentía no haber colocado una corona de siemprevivas y cipreses sobre la fosa de algún muerto pobre! Sin embargo, todavía es tiempo, me dije; y enca

minéme al campo-santo. Ya para llegar, juntáronseme tres viejas enlutadas: una de ellas llevaba dos grandes coronas de ciprés adornadas con inmortales, otra un cesto lleno de caléndulas y de siemprevivas blancas, y la otra, que vestía luto más riguroso, llevaba cuatro velas y un cristo de marfil. Las viejas caminaban silenciosas, meditabundas, sin alzar los ojos. Cuando llegamos á la puerta del cementerio, empezaba á obscurecer.

—Quizá no alcancemos á rezar el rosario—dijo la vieja de las coronas.

—Con los *clamores* y los *responsos* basta—repliqué la otra.

—Y las *letanías de las ánimas*, sobre todo—murmuró la tercera.

Y penetramos en la ciudad de los muertos. Las viejas se dirigieron á un sepulcro de mármol que no tenía inscripción, colocaron las velas, una en cada esquina, y en la cabecera, el cristo de marfil. Se arrodillaron: yo, en pie, descubríme y crucé los brazos. Comenzó el rezo, y de momento en momento, el número de espectadores aumentaba: parecía que brotaban de la tierra mujeres completamente embozadas á quienes no se les miraba el rostro, hombres de caras amarillentas, con los ojos

hundidos, los pómulos salientes, las bocas sin labios, las manos largas, flacas y huesosas; con las cabelleras empolvadas, como si acabaran de salir del sepulcro. Cuando las viejas rezaron los *responso*s y los *clamores*, en cada mausoleo, en la cruz de cada tumba ó asomando entre las copas de los sauces y cipreses aparecieron mil espectros con la mirada fija en las mujeres arrodilladas.

De repente tronó el mausoleo de mármol, las viejas cayeron de espaldas, saltó la lápida, las velas se apagaron, y un hombre alto, con la barba blanca, los cabellos largos y los ojos hundidos, surgió, sacudiendo con sus manos amarillas y huesosas el polvo de la mortaja. Y una inmensa carcajada, que iba á perderse en los cielos, resonó por todo el campo-santo. Y los espectros empezaron á saltar, rasgándose los vestidos unos á otros hasta quedar los esqueletos desnudos. Yo estaba como petrificado, en pie, con los brazos cruzados, sin poder pronunciar una palabra y sin poder dar un paso: veía á los muertos que danzaban á mi rededor, mostrándome sus dentaduras blancas, y de cuando en cuando, lanzaban tremendas carcajadas. Los esqueletos que bailaban sin cesar, estaban hechos unos locos furiosos: quitaban los

adornos de los sepulcros, y los arrojaban, deshojaban las flores, destrozaban las coronas de siemprevivas y cipreses y hacían pedazos las candelas.

—¡Al profano! al profano!—gritó de repente un espectro que estaba montado en la cruz del más alto de los ricos mausoleos. Y al instante, todos los muertos me señalaron, y amenazándome, se acercaron á mí: ¡oh qué momentos aquellos tan horribles! quería correr, y mis piés parecía que estaban clavados en el suelo; quería gritar, llamar á alguien, y era en vano: la voz espiraba en mi garganta. Ya los espectros iban á estrangularme. Con sus manos amarillas casi tocaban mis cabellos, cuan lo allá, lejos, muy lejos, oí que me llamaban por mi nombre: hice nuevos esfuerzos por gritar, y no pude. Mas de repente sentí que una mano invisible me asía con fuerza como queriendo arrancarme de las garras de los muertos; entonces me sentí animado, lancé un grito.... y desperté.

—Qué pesadilla tan larga—me dijo mi padre—ha rato que te estaba hablando, y no despertabas. De seguro que soñabas con muertos.

—Sí, con muertos; fué horrible! horrible! Gracias á Dios que sólo fue un sueño!



“BIBELOTS”

DE mi tierra acabo de recibir un libro nuevo, obra de un antiguo compañero mío, de Arturo A. Ambrogi: se intitula *Bibelots*. El autor me pide un juicio crítico sobre él; me dice que se lo desmenuce, que se lo haga trizas. Ah! yo no puedo desmenuzar, no puedo hacer trizas un libro cuyas páginas traen á mi alma dulces recuerdos de la primavera de mi vida, y, por consiguiente, de mi patria hermosa! Arturo ha sido para mí, más que un amigo, un hermano. En gran parte le debo á él el amor que profeso á las bellas letras. Juntos empezamos á publicar nuestros ensayos en 1891 y juntos hemos leído á Rubén Darío, á Gutiérrez Nájera y á los modernistas franceses. Recuerdo que por las tardes, todos los domingos, nos retirábamos al campo los dos solos, llevando, co-

mo únicos compañeros, los libros de nuestros poetas, de nuestros autores favoritos: “No podemos quejarnos de venir solos, me decía: ¿qué te parecen Daudet, Catulle Mendés, Gauthier y Rubén Darío? ¡Qué buenos amigos!”

Cuando llegábamos al jardín, me daba risa verle saludar á las flores. “¡Buenos días, señoritas!” exclamaba, sonriendo é inclinándose con el sombrero en la mano. Idéntico saludo hacía á las mariposas. A los pájaros les llamaba “señores poetas.” Si nos internábamos en el bosque, íbamos callados procurando no hacer ruido “porque esos señores vates son muy delicados y se vuelan” me decía señalando los pajaritos que, meciéndose en las delgadas ramas de los naranjos en flor, daban al viento sus alegres trinos. De repente se detenía, sacaba papel y escribía tres ó cuatro frasesitas. Varias veces le preguntaba que qué era aquello, á lo cual me respondía: “¡Bocetos, hombre, bocetos! ¡Ya verás qué artículos! ¡idilios, puros idilios!.....”

Cuando la tarde empezaba á declinar, subíamos á una colina desde la cual se contempla un paisaje espléndido: el valle de las Hamacas, con su vegetación exhuberante: los inmensos cafetales,

los grupos de cocoteros que se balancean perezosamente al impulso de las brisas, y, en el centro, San Salvador, con sus torres, sus cúpulas y sus casas blancas; al Occidente, el Sol escondiéndose tras las vecinas montañas entre celajes que semejan un mar de fuego, y allá, en el Oriente, cubriendo las cimas de lejanos cerros, nubecillas levemente sonrosadas.....

“En medio de la gloria de la tarde,” como dice el poeta, gozábamos el autor de *Bibelots* y yo, con las páginas de Gauthier, de Darío ó de Mendés. Yo leía, mientras Arturo, recostado sobre la verde grama, escuchaba atentamente. Después de la lectura de algún cuento en prosa, “léeme versos, me decía, el *Primaveral* de Rubén, un *Camafeo* de Gauthier ó el *Umbral* de Díaz Mirón; pero con todas sus comas, sus puntos, sus admiraciones y con la entonación debida.” Yo hacía lo posible por complacerle: ya no leía sinó que declamaba como si estuviese ante un público escogido.

Cuando las sombras de la noche empezaban á invadir el valle, descendíamos de la colina y nos dirigíamos á la ciudad: caminábamos largos trechos, silenciosos, meditabundos: de repente interrumpía él exclamando: “¡Ya verás, hombre, ya

verás: yo escribiré libros como el *Azul* de Rubén y novelas como *Spirita* de Gauthier!..... ¿Y tú por qué no escribes versos como los de Gutiérrez Nájera?"..... "Porque no soy poeta," le contestaba.

Llegábamos á la ciudad, lo dejaba en su casa y yo seguía solo para la mía, pensando en que aquel niño que tan temprano abandonaba el trompo y la pelota por el libro y la pluma, sería en no lejano tiempo una de las glorias de mi patria. Al día siguiente me mostraba tres ó cuatro cuartillas escritas, hacía que se las leyera en alta voz y luego tomaba un lápiz y empezaba á borrar palabras y frases que le parecían "feas" y las substituía por otras "más elegantes y musicales."

Así empezó á escribir y á corregir sus artículos Arturo Ambrogí, á la edad de doce años, y así se despertó en mí el amor á las bellas letras.

Ved si no tengo razón para decir que las páginas de *Bibelots* traen á mi alma dulces recuerdos de la primavera de mi vida y de mi hermosa y adorada patria!..... Ah! este librito, que guardaré con cariño, me acompañará, como amigo inseparable, durante mi peregrinación por el mundo, y con él invocaré las dichas de pasados tiem-

pos, mientras viva errante y lejos de mi hogar querido.

Perdone el amigo Arturo que me excuse de mandarle el juicio crítico que me pide, por razones que ya se comprenden, y reciba las felicitaciones de este su antiguo compañero y entusiasta admirador.



Á MEDIA NOCHE

¡Oh genios del silencio,
que me rodeáis tranquilos:
volad, id á do mora
la casta virgen de los sueños míos!

Llevalde mis secretos,
llevalde mis suspiros,
y mis ensueños de color de rosa,
y los recuerdos de placeres idos.

Llevalde, entre perfumes
de nardos y de lirios,
las palabras de amor que tantas veces
emocionado pronuncié á su oído.

Decidle que aun recuerdo,
con placer infinito,
aquellas horas que pasamos juntos
soñando con hermosos paraísos.

Decidle que vosotros,
¡oh genios!, sois testigos
de lo mucho que sufro cuando pienso
que tal vez para siempre la he perdido....

Id, en fin, presurosos
oh, mis buenos amigos,
y decidle que la amo todavía
con la pasión con que la amé de niño!



ÍNTIMAS

I

—¡Qué sueño tuve anoche! El más hermoso
de cuantos he tenido!
(Así dije á la amada
de negros ojos y castaños rizos.)
Surgiste de repente
del botón perfumado de albo lirio,
y volaste á mis brazos,
y dijiste á mi oído
dulcísimas palabras
que yo escuchaba tñnido
con la mirada fija
en un precioso nido
do se asomaban juntos
dos sonrosados picos....
Y ella, suspirando,
entre cortada, dijo:
“Soñé que en los vergeles

de aquel pueblo querido
vagábamos, del brazo,
los dos, ¡ los dos solitos !,
cuando una ave muy blanca
hacia nosotros vino
y dejó en mis cabellos destrenzados
una guirnalda de azahares nítidos !⁷⁷

.....
—Y lo demás ?—le pregunté.—Y ella,
en mí los ojos fijos,
murmuró suspirando:

—Lo demás . . . ¡ es muy lindo ! . . .

Y á contemplar se puso
las láminas de un libro,
mientras que yo miraba
los cuadros de la sala, pensativo.

II

Todas las tardes, con la brisa errante
mi alma te envía una canción, Teresa ;
un suspiro de amor forma la música
y tu nombre la letra.

* * *

Sentado al borde de mi humilde lecho,
fingiéndome estar cerca de tí, mi bella,

he repetido esa canción del alma
en largas horas de letal tristeza!

III

—Ábreme,—dije al Olvido,—
Ábreme tu cementerio,
Que un amor desventurado
Enterrar en él hoy quiero.
— ¡Fuera de aquí,—respondióme
El Olvido, en ira ardiendo,
¿Para cadáver tan grande
Buscas sepulcros estrechos?
Y, á pasos largos, silbando,
Se internó en el cementerio.



Pensaba llevar á cabo
Los más terribles proyectos,
Cuando el Amor, con ternura,
Me dijo: “Si no estoy muerto!
El letargo me ha pasado
Y hacerte feliz prometo.”
Y en alas de la Esperanza
Volamos los dos, contentos,
Al balcón dó se asomaba
La trigueña de ojos negros.

FLOR DE LOTO

Cuentan antiguas leyendas
que allá en países remotos,
donde el Sol es más ardiente
y abundan palacios de oro,
hay encantados jardines
con árboles misteriosos,
entre los cuales descuella
el mágico árbol de loto,
cuyos riquísimos frutos
hacen olvidarlo todo:
la patria con sus encantos,
novia y padres amorosos



En mis ensueños un día
plegué á ese país remoto
buscando el árbol bendito

de los frutos misteriosos,
“la flor del eterno olvido”
del mágico árbol de loto.

* * *

Y allí te encontré, mi vida,
en un jardín delicioso,
suspirando melancólica,
y al cielo vueltos los ojos.
—Ay!, exclamé, tú también
olvidarlo quieres todo?
—“Jamás volveré á la patria....
¡Yo busco la flor de loto!
Adiós!.... el último beso....

Y al estrecharte amoroso
entre mis brazos, ¡oh amada!,
del bello país remoto
nos sentimos transportados
á la patria, venturosos.



SOTTO VOCE

Si me amaras ¡oh mi vida!
oh! si me amaras de veras,
me envidiarían las aves,
las flores y las estrellas.
Y las auras matutinas,
y las calandrias parleras,
las golondrinas que emigran
en pos de la primavera,
rendirían su homenaje
á tus pies, mi dulce reina,
y al oído te dirían
encantadoras endechas.
Y la musa de mis sueños,
la que ahuyenta mis tristezas,
la que en mis noches de insomnio
se sienta á la cabecera
de mi cama á relatarme

melancólicas leyendas
de pajes enamorados,
de angelicales princesas,
que suspiran, encerradas
en sus palacios de piedra,
por ignotos caballeros
que mueren de amor por ellas. . . .
Oh! la musa inspiradora
de mis canciones más tiernas,
la de los ojos azules
y de rubia cabellera,
¡qué de cosas, vida mía,
qué de cosas te dijera!
y en sus brazos te llevara
á las regiones serenas
donde no existen dolores,
donde el alma se recrea
con resplandores de gloria,
do la nostalgia se aleja,
donde mora la alegría
y do sólo el amor reina.
Oh! si me amaras, mi vida,
oh! si me amaras de veras,
me envidiarían las aves,
las flores y las estrellas.

RIMAS

I

Los astros, asombrados,
contemplan su belleza ;
los pájaros la cantan
llamándola su reina ;

Las brisas perfumadas
la envuelven y la besan ;
las flores la saludan
como á una compañera.

“Salve!—el sol la dice—
salve, oh mi princesa !”
Y, ya para ocultarse,
sonríese con ella.

Y yo que la amo tanto,
sólo suspiro al verla,

y muy quedo murmuro :
“¡Ah, si me quisiera!”

II

Tú me dices que te envíe
una rima,
en la cual exprese todo
lo que siente el alma mía :
mis amores, mis tristezas,
mis pesares y mis dichas.

Yo no sé qué responderte,
bella niña ;
pues á mi alma le pregunto,
y ella tan sólo suspira,
se extremece, llora, ríe. . . .
y se queda pensativa.

III

Ya despunta la aurora ! Por doquiera
Del himno matinal el coro se oye :
¡ Salve, salve, mil veces, rey del día,
Sol de los soles !

Ya despunta la aurora ! Alegres trinan
Las avecillas en la oscura selva,

Y regando perfumes embriagantes
Las auras vuelan.

Todo sonrío al asomar la aurora!
Todo palpita de la luz al beso!
Y las campanas con repique alegre
Llaman al templo.

Sólo yo, que la noche paso en vela,
Soñoliento en mi lecho me desplomo,
Y, murmurando el nombre de mi amada,
Cierro los ojos.

IV

Oh mi novia adorada,
Oh mi pálida reina,
Oh musa inspiradora de mis cantos,
Mi tímida violeta,
Los genios impalpables de la noche
Dijéronme tus quejas,
Tus dudas, tus delirios,
Y todo lo que piensas
De mí.

¡ Oh virgen casta,
Si tú, si tú supieras
Cómo, en mis largas horas

De profunda tristeza,
He escrito tu nombre idolatrado
Y he besado sus letras,
Repitiendo muy quedo: "Te amo, te amo,
Como ninguno te amará en la tierra!"—
Tal vez, tal vez me amaras,
Mi virgen hechicera,
Mi novia encantadora,
Mi tímida violeta!

V

No preguntes, mi bien, no preguntes
el por qué de las lágrimas mías,
ni el por qué del silencio que guardo
cuando me hablas de amores y dichas.

Tú no sabes, mi amada, no sabes,
que furioso en mi pecho se agita
un océano inmenso de penas,
que entristece y amarga mi vida.

¡Oh! no creas, mi amada, no creas
que no te amo, pues llevo escondida
la pasión más intensa en el alma....
Pero soy infeliz, tierna amiga!.....

¡Ay! en vano, en vano te empeñas
en buscar en mi rostro alegría.....
¡Desgraciado seré!.... A tí te espera
un feliz porvenir, bella niña.....

Tú me dices que todo lo vence
el amor, que esperemos el día
que dichosos seremos.... ¡Oh virgen,
virgen casta, que Dios te bendiga!

VI

Cada vez que contemplo en las flores
las nítidas perlas
De rocío, me siento con ansias
de ir á beberlas;
Pues yo pienso que vienen de noche
las almas aquellas
Que, enfermas de amor, para siempre
dejaron la tierra,
Y que, luego, á las púdicas flores
suspirando llegan,
Y, besando las frescas corolas,
en llanto se sueltan.....

Cuando ya en el Oriente aparece
la aurora risueña,
Esas almas á ignotos lugares
muy rápidas vuelan,
En los pétalos tiernos dejando
sus lágrimas bella.....



SUEÑOS DE NIÑO

Cuando yo era muy niño, soñaba
con seres muy bellos,
De cosadas mejillas y de ojos
color de los cielos.
Eran ángeles rubios! Venían
á darme sus besos,
Y á decirme al oído palabras
que ya no recuerdo.
¡Qué tristeza sentía al mirarlos,
en rápido vuelo,
Alejarse de mí. . . . Y sollozando
despertaba luego.
Y entonces mi madre corría,
loca de contento,
Y mis lágrimas puras borraba
con cándidos besos,

Euseñándome, luego, á dar gracias
al Dios de los cielos,
“Porque Él—me decía—nos manda
la luz y el sustento.”

* * *

¡ Ah ! mis sueños, mis sueños de niño,
para siempre huyeron !
Ya los ángeles rubios no vienen
á darme sus besos,
Ni á decirme, ya nunca, al oído
tan dulces secretos !
Solamente, oh rubia, si miro
tus ojos de cielo
Y tus labios de rosa, por leve
sonrisa entreabiertos,
Es tan grande el placer que me inunda,
que, en tales momentos,
He llegado á pensar muchas veces
que niño me he vuelto !



¡MÍRAME!

Mírame así, ¡oh niña encantadora!,
con ese tu mirar,
que da celos al sol en el Oriente,
al despuntar.

* * *

Mírame así cual miran los luceros
pálidos de la tarde,
ó cual miran los niños inocentes
los ojos de la madre.

* * *

Mírame, en fin, cual niña enamorada,
con tu mirar de fuego!
¡Mírame mucho, mucho, morenita,
porque te quiero!

MI MUSA

Ah! en sueños he visto á mi musa
semi-envuelta en manto color de esmeralda,
con la lira en las manes, y fija
en la bóveda inmensa y azul la mirada.

Me he llegado muy cerca y le he dicho
que cante en estrofas que lleguen al alma
lo más bello, más dulce y más triste
que sienten los séres que en silencio se aman.

Ella, entonces, exhalando un suspiro,
tocó melodías, dolientes y extrañas,
derramando á la vez de sus ojos
randales de puras, cristalinas lágrimas.

Y al instante poblóse aquel sitio
de aves inmensas, de muy negras alas,
que venían lanzando graznidos,
semejando horrible, brutal carcajada.

Sonrióse mi musa, y colgando

la lira, de un sauce sombrío en las ramas,
me estrechó fuertemente en sus brazos
y todo mi rostro bañó con sus lágrimas.

Y al momento escuchóse un confuso
murmullo de risas, voces y palmadas.

Y, volviéndome atrás, vi á las aves
en gentes, vestidas de negro, trocadas,
que, haciendo mil muecas de burla,
á pasos muy lentos á mí se acercaban. . . .

Ah! entonces, cual pobre demente,
quise dar un grito y caí de espaldas. . . .

Y luego despierto
y á Dios le doy gracias
de haberme librado
de aquellos fantasmas.

Y un rayo de Sol, penetrando
por un agujero de mi pobre estancia,
fue á posarse en el rostro hechicero
de un busto pequeño de mi bella amada.

“¡Oh! mi musa, mi musa!”
exclamé con ansia.

Y el retrato besé de la niña
que es todo un tesoro de amor y de gracias!

MENSAJES

I

Id, pensamientos míos,
cual bandadas de errantes mariposas,
á cruzar por las fértiles campiñas
y á embriagaros besando las corolas.

* **

Volad, y preguntadles
á las tristes y tímidas violetas,
si deliran de amor por los claveles
ó si con besos de algún astro sueñan.

* **

A las fragantes flores
del limonero, interrogad si piensan
expirar en el seno de las rosas
ó en los cabellos de gentil doncella.

Llegad, llegad ufanos
al cáliz de las albas azucenas,
y observad si suspiran por los lirios
ó por verse en la estancia de una bella.

* * *

Oíd lo que murmuraran
los jazmines, las rosas, las verbenas. . . .
y contádmelo todo, que en seguida
haré versos de amor para mi reina.

II

Salid, salid suspiros,
volad en busca de las verdes frondas
donde se oyen dulcísimos arpegios
de las aves ocultas tras las hojas.

* * *

Decid á los senzontles,
que al aire dan sus argentinas notas,
que os revelen los mágicos secretos
con que cautivan á las almas todas.

* * *

Penetrad en los nidos
donde se arrullan gemebundas tórtolas,

y preguntadles que si son felices
ó si por algo misterioso lloran.

* *

Id donde los canarios,
que en jaula de oro su canción entonan,
y observad si amorosos son sus trinos,
ó si, cautivos, libertad imploran.

* *

Id, en fin, presurosos,
y preguntadles á las aves todas
¿ qué es el amor ?..... y retornad al punto..
á contarme lo que ellas os respondan.

III

Mis suspiros no han vuelto ;
mas me dice mi niña encantadora
que ha soñado con besos embriagantes
y con dulces canciones amorosas....



MI PRIMER AMOR

I

Los nidos! los pajarillos!
Las flores! las mariposas!
¡ Por todo esto suspiraba
En mi niñez candorosa!

*

Conocí luego á una rubia
Y, con el alma afanosa,
Suspiré yo mucho, mucho,
Por besar su linda boca.

*

Mas ¡ ay! que la muerte fuéso
Contra la niña y, traidora,
La tomó en brazos, riendo,
Y la escondió en una fosa.

*

Vi después un rosalito
En su sepultura angosta.....
¡Cómo suspiré, besando
Aquellas benditas rosas!

II

Cuando ella murió, en mi pecho
Sentí sollozar el alma,
Y murmuré: “Si ella nunca,
Nunca supo que la amaba!”
Y esa noche víla en sueños
De azahares coronada:
Descendió de las alturas
Con hermosísimas alas,
Llegó junto á mí; besóme
Como niña enamorada,
Y, suspirando me dijo:
“De ti nadie me separa....”
Desde entonces ¡oh Dios mío!
Santa paz llevo en el alma,
Pues, tranquilo, siempre creo
Que ella es ángel de mi guarda.



NOTAS

Pláceme ver en noches estivales
las estrellas que brillan
en el azul purísimo.

Me atrae
el océano inmenso con sus olas
encrespadas, que al cielo desafían;
la montaña gigante, que ocultando
su cúspide en las nubes, siempre erguida,
á los ojos del hombre se presenta
imponente y magnífica.

Amo las flores de las selvas vírgenes,
las flores que, escondidas,
sus aromas agrestes
derraman en las alas de las brisas.

Me embelesan los trinos del gilguero,
que libre vuela por feraz campiña,

el arrullo de tórtolas dichosas
que en los bosques, amantes, se acaricián.

Y siento compasión, honda tristeza
por la torcaz cautiva:
sus arrullos parécenme gemidos
de ánimas que emigran
del mundo de los vivos, los sollozos
de enamoradas niñas
que, inconsolables, lloran
de galanes apuestos la partida
á la ciudad callada de las tumbas,
á la ciudad tranquila....

¡ Oh sí! yo amo las tórtolas,
las tórtolas cautivas,
que gimen y sollozan
sí, tiernas, acarician,
las aves melancólicas,
nostálgicas poetisas
que en los boscajes cantan
salmodias y elegías.

¡ Oh yo adoro á las pálidas doncellas
de insondables pupilas,
de cabelleras negras
y frentes pensativas!....

Oh! violetas azules!
oh áureas margaritas!
oh cándidas gardenias!
oh tristes siemprevivas!
vosotras soís las solas,
las únicas amigas,
las que en mis horas de tristeza escuchan
mis confidencias íntimas.

Vuestros cálices ¡ay! han recibido
las ardientes lágrimas vertidas
por mis cansados ojos
que envano buscan á la amada mía,
á la bella mujer que, delirante,
forjó mi fantasía,
á la novia ideal de mis ensueños,
“¡adorado imposible de mi vida!”



PARÁFRASIS

AMOR DE MADRE

[DE BAUCINE]

—¿**Q**UÉ quieres en prueba de mi amor, qué exiges?—pregúntale *él* á *ella*, con acento tierno y apasionado.

Ella sonríe con la mirada fija en los ojos de él.

—Habla, mi amor,—prosigue el enamorado doncel—los rayos de tus ojos me queman el alma, y tu silencio me enloquece. . . . ¿Acaso no me amas? Pídeme lo que quieras: perlas, oro, diamantes. . . . Habla!.

—Algo que vale más que todo eso—responde la hermosa—el corazón de tu madre.

El joven palidece, estrecha la mano de la doncella, y corre por la calle como un demente.

* * *

Llega á la casa y penetra en el aposento donde la madre duerme tranquilamente, la contempla un instante, le hunde un puñal en el pecho, arráncale el corazón, y corre en busca de la mujer amada.

* * *

—¿ Por qué vienes tan pálido ? qué has hecho, amado mío ? . . . Tienes sangre en las manos ! . . . No te acerques . . . Vete ! —exclamó la dama al verle llegar.

El desgraciado dió un grito horrible y calló desmayado.

Entonces, del corazón de la madre salió una voz tiernísima que decía :

“ ¡ Hijo mío ! hijo mío ! ¿ te has hecho daño ? ”



EL GORRIÓN

[del TURQUENOFF]

A la hora del crepúsculo. Agitábanse,
por el viento impulsados, los olivos,
y las aves volaban silenciosas
en busca de sus nidos,

Volvía, fatigado, de la caza,
y sentéme á la orilla del camino
á descansar con mi Tesoro noble,
mi perro tan querido.

Alsorto contemplaba yo los cielos,
en mar de pensamientos sumergido,
mirando cómo asoman las estrellas
en el azul purísimo.

Cuando de pronto el huracán agita,
furibundo, los árboles vecinos,

y del más alto, como piedra, cae
un pobre gorrioncillo.

El perro corre, y olfateando llega
á do se halla el implume pichoncito,
mas de súbito arrójase la madre,
furiosa, desde el nido.

Y, extendiendo las alas, se coloca
cubriendo al indefenso pajarillo:
el perro la contempla breve rato,
y aléjase del sitio.

¡Oh! qué ejemplo, pensé, para esas madres
que abandonan, ingratas, á sus hijos!
¡Qué lección de nobleza, á ciertos hombres
da mi perro querido!



LA MUERTE DEL PRÍNCIPE

(LEYENDA RUSA)

EL Príncipe, el joven príncipe, el más hermoso de todo el impero, está mortalmente herido.

Andaba de caza por lo más espeso del bosque, y pensaba acaso en los dorados cabellos de su esposa, que tanto le embelezaban, cuando fué acometido por un furioso jabalí.

* * *

El Príncipe está pálido como una flor de thé. Rodean su lecho tres mujeres: la madre, la hermana y la esposa.

—Iré—dice la madre—á casa del Nigromante: él me dará el bálsamo que sanará á mi hijo.

Y se echó á correr desesperada.

* * *

El Nigromante está en Palacio. Profundo silencio reina en la estancia del Príncipe. Las tres

mujeres clavan sus miradas en el rostro del Nigromante. Este habla por fin, y dice: "Puedo daros el bálsamo que sanará al Príncipe, mas es preciso que vos, su madre, me déis vuestra mano derecha, y tú, su hermana, me déis tu blanca mano, esa que ostenta en sus dedos ricas sortijas de valiosos diamantes, y tú, su esposa, dadme esa cabellera que parece de oro."

—Porque mi hijo viva, aquí está mi brazo, dijo la madre.

—Y aquí tienes mi mano,—agregó la hermana—mi blanca mano con sus ricas joyas.

—Mis cabellos,—murmuró la esposa,—mis hermosos cabellos de oro, ¿podré cortármelos?... y se quedó pensativa.

El Nigromante salió de la estancia.

El Palacio está enlutado. Sólo se oyen sollozos y lamentos. El Príncipe, el más hermoso de todos los príncipes del Imperio, pálido como una flor de thé, acaba de expírar.

Tres mujeres rodean el lecho mortuorio, y lloran inconsolables. La madre estrecha contra su

pecho la mano derecha del Príncipe, y la hermana, la izquierda. La esposa reclina la cabeza sobre el corazón del muerto.....

* * *

El cadáver del Príncipe yace en un sepulcro de mármol.

La madre, como demente, ha corrido á la montaña á llorar al pié de las enormes rocas.

La hermana se ha perdido en el bosque.

La esposa ha quedado en Palacio.

* * *

Pasó la noche. Los rayos del Sol naciente iluminan los pórticos de la ciudad enlutada.

Las gentes ven con asombro que de la montaña baja un río cuyas cristalinas aguas tienen la virtud de sanar llagas y heridas.

Los campesinos refieren que en el bosque, al pié de un árbol corpulento, ha aparecido un riachuelo cuyas aguas saludables son exquisitas.

Los cortesanos dicen que al amanecer vieron en Palacio un charquito que se evaporó con los primeros rayos del Sol.

En la montaña lloró la madre, en el bosque la hermana y en Palacio la esposa.

EL DESHEREDADO

VERSION LIBRE DEL FRANCÉS]

Mirad! Su risa de ángel
semeja el leve ruido
de un enjambre de bellas mariposas
volando en torno del verjel florido.

Allá vá! Apenas se oye
su canto, ¡ pobre niño!,
abandonado en brazos de la suerte,
y á merced de los vientos y del frío

La tempestad azota
los cedros del camino,
y el inocente tiembla acongojado,
y en vano busca por doquier asilo.

Avanza, y más adelanté
alcanza á ver el brillo

de las gigantes máquinas que presto
dan calor á sus miembros ateridos.

—“Oh! vamos! adelante!

“A trabajar!—se dijo—

“por el pan cotidiano hasta la muerte....”

¡Y no pudo moverse el pobre niño!

—“Ya no puedo más!—murmuró entonces—

“Vedme desfallecido!.....

“¿No os muevo á piedad?... Ah! como perro

“viejo y leproso moriré ¡Dios mío!

—“¡Vamos! vamos á casa de las brujas.

Para vivir tranquilo

me haré loco....é iré por las ciudades

cantando historias de hórridos delitos.”

Y por la selva oscura

se aleja el pobre niño,

lanzando entre sollozos y blasfemias

desgarradores y terribles gritos!....



LAS AVES

Francisco Coppén

A una blanca paloma supliqué un día
que volara á buscarme la flor ignota
que el amor de mi bella me volvería,
y contestóme el ave:—Está remota.

Y á las águilas dije:—Con vuestras garras
arreatad al cielo, por el asalto
un rayo para mi alma! ¡ volad bisarras!
Y dijeron las águilas:—¡ Está muy alto!

Desgarra el pecho, dije al buitre osado,
Mas la parte respeta do su amor no arde.
Y sorprendido el buitre me ha contestado:
—“Calla, calla, poeta.... es ya muy tarde



NOTAS VARIAS

EPITALAMIO

Yo bendigo el amor! el amor puro,
El que, lejos de pompas y de galas,
Humilde nace, y humilde crece,
Y en lo más hondo al corazón arraiga.

Yo bendigo el amor que es verdadero,
El que extremece dulcemente el alma,
El que de goces inefables llena,
¡El amor que ennoblece y que levanta!

Yo bendigo el amor! amor que brinda
El néctar delicioso que no embriaga;
No el que da en deslumbrante copa de oro
El licor de mentidas venturanzas!

No el amor que en salones se pasea,
Con la sonrisa hipócrita que engaña;
No el amor que se inclina reverente
Al falso brillo de Soberbia humana!

Porque ese no es amor! amor que brinda,
Entre pompas, placeres y algazaras,
Por licor exquisito, hiel horrible
En copa de brillantes recamada.

Yo bendigo el amor! amor sublime,
Vínculo que une, sin sentir, las almas,
Rocío misterioso y perfumado
Con que el Señor á sus criaturas baña!

¡ Ah! dichosos los séres que realizan
Sus ideales, sus bellas esperanzas!
¡ Ah! dichosas las aves que construyen
Su humilde nido en las floridas ramas!



CANCIÓN DEL ÁGUILA

Nací en la cumbre de inhiesto monte,
“Reina del cielo” todos me llaman :
Estupefactas me ven las fieras,
Y los reptiles temen mis garras.

* * *

De las alturas, do randa vuelo,
Miro á los hombres cómo se arrastran,
Buscando, torpes, en la inmundicia
No lo que alienta, sí lo que mancha.

* * *

Oh ! qué pequeñas veo á las gentes
Que, por las calles estrechas, vagan,
Y muchas ¡cielos! como reptiles
Parece que entran en regias casas !

* * *

En las ciudades, sombrero en mano
Los hombres entran en el alcázar,
No con franqueza, como los rústicos,
Los campesinos, en las cabañas.

* * *

Cuando desciendo de las alturas
Y en los reptiles clavo mis garras,
Los cuervos, tímidos, déjanme el campo,
Y huyen las fieras estupefactas.

* * *

Yo adoro todo lo que es inmenso,
Odio me inspira lo que se arrastra,
Desprecio todo lo miserable.....
Y al aire libre bato mis alas.



TOQUES

¡ Oh no esperéis de mi laúd, tan pobre,
oír las notas con que siempre canta
la miserable adulación rastrera,
de los magnates á los pies postrada.

* * *

Yo nunca admiro al que conquista pueblos,
en los hórridos campos de batalla :
yo no admiro laureles salpicados,
con la sangre de víctimas humanas.

* * *

Jamás, jamás profanaré, del poeta
la misión noble, la misión tan santa :
Yo solamente admiraré á los héroes
que hacen guerra sin tregua á la ignorancia.

* * *

A los maestros, apóstoles sublimes,
que el bienestar de las naciones labran,
preparando los campos de la idea
libre y robusta se alzarán mañana.

* * *

A esos gladiadores de la Ciencia,
que en las lides pacíficas del aula,
realizan las conquistas más hermosas
arrebatando a las tinieblas almas!

* * *

A ellos dirijo mis humildes cantos
y mi espíritu ante ellos se avasalla,
¡Mi espíritu que altivo no se humilla
nunca jamás a la grandeza humana!

* * *

¡Oh maestros! haced de esa falange
de jóvenes, que altiva se levanta,
una legión de esforzados héroes
que a los soldados del error abatan.

* * *

De esos niños haced hombres virtuosos,
ciudadanos amantes de su patria,

no menguados traidores sin conciencia,
que se esfuercen, no más, en humillarla.

* * *

Decidles que cometen un gran crimen
los que intenten, ¡oh Dios! tiranizarla:
los que al pie le remachen la cadena
y le pongan la argolla á la garganta.

* * *

Hacedlo así, y vuestros nombres siempre
bendecidos serán de nobles almas,
y dejaréis el mundo, satisfechos
de haber cumplido una misión sagrada.



A MENÉNDEZ

La trompeta sonora de la Fama
Tu nombre ilustre por doquier pregona.
Y la Gloria, llamándote escogido,
De laureles y mirtos te corona.

*

Ved á tu pueblo, que tu nombre adora,
Cuál te aclama y bendice entusiasmado,
Y por todos los ámbitos resuena:
“¡Has triunfado, Menéndez, has triunfado!”

*

Invocando tu nombre, los guerreros
El pendón de la patria desplegaron,
Y, al grito de ¡alerta! de los libres,
Los tiranos imbéciles temblaron.

*

Y—“¡ Justicia!—los pueblos repitieron—
“Despierta Libertad idolatrada!
“Sonó la hora de romper cadenas!
“Sonó la hora de clamar ¡ venganza!

.....
Y entre densas tinieblas
Huyó la tiranía anonadada.

*

Y desplegó la Libertad hermosa
Su manto azul, su túnica estrellada,
El ángel de la paz tendió sus iris,
Y Dios nos dió su celestial mirada.



MI GLORIA

[IMITACION DE AEGEIS]

Que aspire á que la fama,
Con su trompa bronceínea,
Mi nombre y mis cantares
Por doquiera repita ?

*

Y que luego las gentes
Contemplan, embebidas,
Mi frente coronada
De pámpanos y olivas ?

¡Oh Gloria! A tus promesas
Contesto con sonrisas,
¡Tus laureles no valen
Un beso de mi niña!

DE PROFUNDIS Y GLORIA

EN LA MEMORIA DE ANTONIA GALINDO (2^a DE MARZO DE 1893)

Cavó en el Cementerio
un hombre oscuro una profunda fosa,
y la campana publicó una infausta
nueva desgarradora,
que las brisas llevaron
á las vecinas frondas,
en donde las torcaces
y tímidas alondras
entonaron solemnes
y fúnebres salmodias

.....
Y lentamente descendió al sepulcro
el cadáver de ANTONIA

—¡Adiós! adiós!—dijeron
las aves melancólicas,—
ya no tu lira imitará el arrullo

de gemebundas tórtolas,
ni el trino del jilguero,
ni el canto de la alondra.....

.....
Y se oyó un *de profundis* por los aires,
y callaron las aves gemidoras.....
y paladas de tierra
fueron llenando la profunda fosa.

II

Abrióse la gran puerta
del templo de la Gloria,
y la Fama tocó marchas triunfales
con sus épicas trompas,
y acudieron los poetas y las vírgenes
con sus arpas sonorás,
y entonaron un himno majestuoso....
y penetró ANTONIA.
—Salve, salve!—los coros repitieron—
ya vuelves victoriosa,
con tu lira sin mancha,
poetisa arrobadora.
Y á las sienes ciñéronle guirnaldas
de mirtos y de rosas,
y se oyeron antifonas sublimes,
y cerróse la puerta misteriosa.

EN EL MAR

Mira, qué azul está el cielo !
Mira, qué azul está el mar !
Y qué azules son tus ojos,
¡ Oh dulcísima beldad !

Majestuosa, cual el cielo,
Es tu alma angelical,
Y la mía es tempestuosa
Y profunda cual la mar.

Mira : así como allá lejos
Se confunden cielo y mar,
Así tu alma con la mía
Confundidas vense ya.

Mas, es ilusión, amiga ;
Ni toca el cielo la mar,
Ni nuestras almas á unirse,
Nunca, nunca llegarán !

Á FIDELINA AMBROGI

en su "Pena y Amor."

En estas hojas, albas y tersas,
Dejar quisiera un cuento azul,
Tan primoroso cual los que escribe
Tu buen hermano CONDE PAUL.

Te narraría una historieta
Del tiempo viejo que ya se fué,
Como la historia de aquel reicito
De la "Leyenda del Rey Bebé."

Describiría bellas ciudades
Con sus palacios y sus jardines,
Donde reían los cortesanos
Mientras bailaban los arlequines.

Donde entre aromas de los rosales
Trinaban libres los ruiseñores,

Y do cantaban al són de guzlas,
Enamorados los trovadores.

Te contaría cuentos de brujas
Que conjuraban hórridos males,
Y que á su antojo, de cenicientas
Hacían bellas princesas reales

Y te diría cómo los duendes,
Sin que los vea ningún papá,
Llevan al lecho de los niñitos
El aguinaldo de Navidad.

Te dijera algo de una amiguita
Que por los dulces sabe llorar,
Y que conversa con sus muñecas
Y con los mirlos sabe cantar.

Mas, ¡ay! perdona; mi humilde pluma,
Narrar no puede un cuento azul,
Tan primoroso, cual los que escribe
Tu buen hermano CONDE PAUL.



“JOB”

(Traducido de LEON BONNATI)

Desnudo Job, el viejo leproso y demacrado,
sobre el estercolero, en actitud de orar,
con la mirada fija en el inmenso cielo,
como buscando ansioso el rostro de Jehová.

De su entreabierta boca parece que se escapa
un grito, una plegaria, tal vez imprecación
lanzada ¡ay! en nombre de la miseria humana
por él, genio sublime, poeta del dolor.

Con los ojos hundidos bajo pobladas cejas,
ojos que en vano intentan, sin lágrimas, llorar,
las piernas vacilantes, y flacas, y llagasas,
que el peso de aquel cuerpo no pueden soportar.

La barba encanecida, que cae sobre el pecho,
los brazos ya cansados, queriéndolos alzar
para mostrar al cielo las manos descarnadas.....
y con los ojos busca el rostro de Jehová!

LAS TORCACES

En el fondo de un bosque
ví dos torcaces
con arrullos muy tiernos
enamorarase,
mientras, vecinos,
trinaban dulcemente
dos jilguerillos.

Estas cosas son dignas
de contemplarse,
murmuré, intentando
aproximarme;
y al dar un paso
hacia el nido, las aves
raudas volaron.

Largo rato, extasiado,
quedéme viendo
los boscajes lejanos
do se perdieron.
Pensé en mi bella,
y envidié á las torcaces
de la arboleda.



MUERTE DE UN POETA

—¡EL Duque Job ha muerto!

—¿Y quién era el Duque Job?, me ha preguntado alguien.

—MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA, le he dicho.

—¿Y qué era ese hombre?

—Era poeta.

—Ah! poeta!..... vaya.

—Sí, poeta, señor. ¿Sabe U. lo que son los poetas? Ah! son seres que Dios envía al mundo para que vengan á hablar á las almas el idioma de los ángeles, á revelarles á los hombres los secretos de las tórtolas que se arrullan en los nidos; á traducir lo que cantan las alondras en la espesura de los bosques; lo que dicen las golondrinas que se alejan y las golondrinas que vuelven; los idilios de los nardos y las violetas, de los lirios y las gardenias; las elegías de las caléndulas y los cipreses;

lo que sueñan las vírgenes y lo sienten las madres..... Ah! los poetas! ora con el arpa de Israel se elevan y profetizan, ora con la lira de los griegos hacen inmortales las hazañas de los héroes, exaltan el amor á la patria, y crean pueblos de guerreros; ora con la dulcísima flauta de Pan nos deleitan relatándonos los castos amores pastoriles; ora al son del órgano sagrado, bajo las bóvedas de los templos, elevan á las almas, en arrebatos místicos, á las excelsas regiones de la luz increada..... Los poetas, que con sus cantos divinizan á los mártires del amor..... Los poetas, que llevan en la mente mundos de ilusiones y esperanzas..... esos no sé por qué ley inexorable se eclipsan á la mitad de su carrera, se van antes de tiempo, la Parca los sorprende, como el cazador sorprende al pájaro que libre canta en el follaje de algún árbol, saludando al sol que nace ó despidiendo al sol que declina.

•••

Hace poco más de un año, tuvimos que lamentar el desaparecimiento de Julián del Casal, el rruiseñor de las Antillas. Hoy América llora la brusca partida de Manuel Gutiérrez Nájera.

Las águilas aztecas, en vano volaron tras el
ruiseñor fugitivo; se perdió en el azul.....

El poeta ha desaparecido. La lira viuda, cu-
bierta de crespones, yace bajo el sauce en cuyas
ramas gimen las brisas de a tarde; y las notas,
las estrofas huérfanas vagan por doquiera prego-
nando las excelencias del padre muerto.....

GUTIERREZ NAJERA, escribiendo en prosa ó en
verso, siempre fué poeta, siempre fué artista:
“poseía el secreto de comunicar á su pluma todos
los matices de la luz y de la naturaleza,” como se
ha dicho de Paul de Saint Victor. Hasta en sus
artículos políticos deslumbraba por la galanura de
estilo. Un escritor chileno, juzgando á GUTIÉ-
RREZ NAJERA periodista, decía: “es espontáneo,
espiritual, vehemente, erudito; abundoso en re-
cursos de ingenio; volteriano como pensador ilus-
trado y de convicciones profundas; de poderosa
dialéctica; filósofo racionalista; opulento en gra-
cia criolla, como producto genial de la raza latina.”

Leed esta página patriótica, este cántico de glo-

ria, esta prosa, estas líneas olorosas á laureles, á mirthos y á rosas frescas; es un epinicio dedicado á los niños mártires que sucumbieron luchando por la patria, durante la invasión norte-americana; oídlo:

“La religión de la patria, como todas las religiones, tiene sus mártires jóvenes y sus mártires niños. Toda *Asunción* requiere ángeles. Esas figuras que aletean en la Historia; esas que ciñen, con cendal de alas, grandes hechos; esa sangre color de mirtho fresco, que se encuentra en todas las revoluciones, en todos los impulsos hacia la libertad, son merecedoras de la inmortal frase de Lupercio: *Vuélvense en dioses esos jóvenes, y en néctar vivificante tórnase la sangre que derramaron.*

.....

.....

“Ella, la patria, cubre hoy de lauros la tumba de aquellos que supieron morir por salvar su honra, y va como enlutada madre, á llorar en la tumba de sus buenos hijos. Supieron arrancarse á los brazos de la juventud, que tantas promesas les hacía, y arrojarse al abismo, como los caballeros del *Apocalípsis*, antes que ver profanado el suelo mejicano. No laureles, pétalos de rosa han de

arrojarse en esas tumbas, donde duermen los que fueron coronados con los azahares de la vida; no elogios sino himnos han de entonarse el día de hoy: ¡feliz aquél que joven muere por su patria, porque ése, desde niño fué buen hijo!

“En un instante inmortalizaron sus nombres. La Gloria se los quitó á la Vida en un instante.

“¡Lluevan mirthos en esas frescas sepulturas!
¡Salga de ellas una voz tonante que diga: *¡Venid,
y ved cómo se muere por la patria!*.....

“Esos que se fueron de la vida por defender á la madre, cuando aun estaban húmedas de besos sus guirnaldas, enseñan á morir con honra y señalan el camino de la inmortalidad. Noche fué la muerte para ellos; pero sus almas en esa noche son estrellas.”

* * *

Cuando leí en la *Revista Azul* el *Salmo de vida* y *Mi último artículo*, pensé con profunda tristeza en la muerte del excelso artista, creí ver á la Pálida siguiendo los pasos del poeta, espiándolo, acechándolo, esperando el momento oportuno para robárnoslo.

Y ese momento llegó al fin. Sus *enlutadas*, como

él llamaba á las tristezas, ayudaron á la Muerte en su obra. Ved como las veía llegar á su lecho :

“ Descienden taciturnas las tristezas
al fondo de mi alma,
y entumecidas, haraposas brujas,
con uñas negras
mi vida escarban.

“ De sangre es el color de sus pupilas.
de nieve son sus lágrimas :
hondo pavor infunden . . . yo las amo
por ser las solas
que me acompañan.

“ Átrese á recibirlas la infinita
tiniebla de mi alma,
y van prendiendo en ella mis recuerdos,
cual tristes cirios
de cera pálida.

“ Entre esas luces, rígido, tendido,
mi espíritu descanza ;
y las tristezas, revolando en torno,
lentas salmodias
rezan y cantan.”

* * *

Como todo luchador que siente cansancio, desfallecimiento, melancolía, cierta inquietud que nos hace volver la vista al cielo en busca del Dios de las esperanzas, GUTIÉRREZ NÁJERA volvió también la mirada al infinito, y de sus labios brotó esta plegaria :

“ Señor, Señor, los mares de la idea
tienen también sus recias tempestades... ..
Mi espíritu en la sombra titubea,
como Pedro en el mar de Tiberiades.

“ Hierven las aguas en que yo navego ;
mi pobre esquife á perecer se avanza... ..
Tú que la luz le devolviste al ciego,
devuélvela á mi fé y á mi esperanza.

“ Eres el que yo amé cuando pequeño,
no el Jehová de los bíblicos enojos.
Acude, que mi alma tiene sueño
y, lentamente, ya cierra los ojos.

“ Aparece en la líquida llanura
para que en tí descausen mis miradas,
y pasa con tu blanca vestidura
serenando las olas encrespadas !”

* * *

GUTIÉRREZ NÁJERA ha sido uno de los poetas mejicanos más conocidos en Centro-América. ¿Quién, aquí entre nosotros, no conoce aquellas estrofas de la *Serenata de Schubert*:

“¡Oh qué dulce canción! Límpida brota
Espanciendo sus blandas armonías,
Y parece que lleva en cada nota
Muchas tristezas y ternuras mías!

.....

.....

“Ya nunca volverás noches de plata!
Ni unirán en mi alma su armonía,
Schubert con su doliente *Serenata*
Ni el pálido Musset con su *Lucía*.”

Al decirte el último ^{***}*adiós* ¡oh rui señor dulcísimo de la patria de Acuña! poeta de los ensueños áureos y de los versos tiernos, permite que te dirija las mismas palabras que una poetisa pronunció sobre la tumba de un poeta, tu hermano en el arte, Julián del Casal:

“*Duerme, duerme para siempre en el seno de la tierra. . . . cubran tus llorados despojos, ¡oh doliente soñador! las gardenias y las rosas caídas de tu roto laúd, mientras tu espíritu, aleteando como mariposa celeste, brilla en el infinito como una estrella.*”

ENSUEÑO

Serena era la noche. Por el cielo
salpicado de estrellas argentinas
una blanca mujer atravesaba,
sobre nubes de rosa sostenida.
Llevaba en la siniestra una corona
de hermosas siemprevivas
y en la diestra, cubierta de crespones
y con las cuerdas rotas, una lira.
Parpadeaban llorando los luceros
al mirarla pasar. Y la seguían
enlutados arcángeles que tristes
entonaban solemnes elegías.

Al llegar al zenit, la misteriosa
puerta se abrió, y apareció, circuida
por un halo de luz esplendorosa,
una cándida niña,
por lo bella y lo casta, á una virgen
del Cauca parecida.

—¡ Oh Musa del Dolor y la Tristeza
¿Dónde está mi Efraím? ¡ Dame su lira!
¡ Esa lira cubierta de crespones
y con las cuerdas rotas !. . . .

—¡ Oh María !:

tu Efraím, tu ternísimo poeta
traspasó los linderos de la vida
terrenal; su alma pura,
desligada del cuerpo, va tranquila,
y en raudo vuelo hacia el lugar dichoso,
allá donde tú habitas.
Recibe la corona de laureles,
adornada de blancas siemprevivas,
y esta lira harmoniosa
que dió notas dulcísimas.

Y al recibir las prendas adorables
aquella hermosa niña,
se oyó un suspiro que llenó el espacio,
y en medio de las dos ví que surgía
la figura apacible del poeta,
que lentamente ascendiendo iba,
al son de las antífonas de gloria,
en brazos de su Musa y de María,
hasta perderse en el azul del cielo
salpicado de estrellas argentinas !

“HORAS”

MI buen amigo el poeta Ismael Enrique Arciniegas me ha hecho un valioso obsequio: me envía desde Colombia las “HORAS” de Julio Flórez. Es un precioso librito formado por cuatro composiciones, cuatro acuarelas bellísimas trazadas con mano maestra, con rica variedad de colores y con delicados pinceles.

Leed estas estrofas de la poesía *Aurora* :

“ Ya tras el ancho cortinaje denso
de blancas nieblas y opalinas brumas,
asoma el sol en el espacio inmenso
cual barco de oro en piélagos de espumas.

“ Y se eleva dorando los pensiles
que esparcen sus balsámicos efluvios,
al descender sus rayos cual sutiles
hebras flotantes de cabellos rubios.

“Y avanza! avanza! y las inquietas nubes
al recoger los gallos esplendores,
se convierten en pálidos querubes
que á hundirse van en mares de colores.”

* * *

Después de *Aurora* viene el espléndido cuadro del *Mediodía* y luego el de *Ocaso y Noche*, que tiene estrofas como estas:

“La tarde entorna los cansados ojos,
y al sucumbir doliente y abrasada,
cual sobre inmensos almohadones rojos,
la cabeza reclina destrenzada.

“Y del silencio ante el solemne halago,
la alba luna, esa anémica sublime,
que finje amor al soñoliento lago,
llega, y un beso á la expirante imprime.

“Llena al punto el espacio de crespones,
hace vibrar el arpa del mutismo,
y comienza á llorar exhalaciones
como gotas de fuego en el abismo.

“Duerme la virgen en su blanco lecho,
Y sueña con las flores y las nubes,
Mientras le rozan el ebúrneo pecho
Con sus abiertas alas los querubes.

“Duerme el niño y suspira blandamente,
y sueña con el seno que lo aguarda,
mientras lo arrulla con amor ferviente
quedo, muy quedo, el ángel de la guarda.”

.....

* * *

Idilio eterno es una hermosa fantasía: los amores de la luna, á quien el poeta llama “ave de luz,” con el mar, “el monstruo azul”:

“Ruge el mar y se enerespa y se agiganta;
la luna, ave de luz, prepara el vuelo,
y en el momento en que la faz levanta,
da un beso al mar, y se remonta al cielo.

“Y aquel monstruo indomable que respira
tempestades y sube y baja y crece,
al sentir aquel ósculo, suspira.....
y en su cárcel de rocas... se extremece!

.....

“Con orgullo se expresan sus amores
estos viejos amantes afligidos;
ella le dice: “¡te amo!” en sus fulgores,
y *él* responde: “¡te adoro!” en sus rugidos.
.....

“*Ella* pálida y triste, lo oye y sube
por el espacio en que su luz desploma,
y, velando la faz tras de la nube,
le oculta el duelo que á su frente asoma.
.....

“Y al contemplar los luminosos rastros
de la alba luna en el oscuro velo,
tiemblan de amor los soñolientos astros
en la profunda soledad del cielo.”
.....

La lectura de los versos de Flórez me ha hecho pasar momentos deliciosos. Me parece que acabo de oír los dulcísimos acordes de alguna orquesta invisible. Y así como cuando en altas horas de la noche, nos despierta agradablemente la música apacible de una serenata ó la canción apasionada de algún trovador incógnito, nos levantamos á medio vestir, y, para mejor gozar,

nos dirigimos á la ventanilla, y, al entreabrir-la, calla la música ó la canción cesa, y nos quedamos contemplando la silenciosa calle, bañada por los lánguidos rayos de la luna, esperando ansiosos el vals que nos avivará los recuerdos más gratos ó la ternísima cantata que nos hará suspirar por la amada ausente, cuando oímos los pasos de los músicos que se alejan, dejándonos en un éxtasis melancólico. . . . Volvemos á nuestro lecho, cerramos los ojos y nos dormimos soñando con músicas divinas.

Tal es el efecto que ha producido en mí la lectura de las *Horas* de Julio Flórez. Cuando más embebido estaba con la música inefable de sus sonoros endecasílabos, cuando el alma ansiosa, esperaba nuevos cuadros y nuevas impresiones, llega la última página, la última estrofa, el último verso. . . . Inconscientemente cierro el libro y cierro los ojos, y luego se me representa el magnífico cuadro de la *Aurora*: me parece ver al rey Sol asomando en el oriente “cual barco de oro en piélagos de espumas.” Después desfilan las bellísimas acuarelas del *Mediodía*, *Ocaso y Noche*, y, por último, el soberbio cuadro del *Idilio eterno*:

El “monstruo indomable” encrespándose para

recibir el casto beso de la “anémica sublime,” que, avergonzada, va á ocultar su frente pálida entre las nubes, mientras el mar suspira inconsolable en su cárcel de rocas.....



JEREMÍAS MARTÍNEZ

Mírame aquí buscando con el alma,
en la tiniebla oscura,
esa espantosa puerta
á que entraste, pasando por la tumba

GAVIDA.

EN vano, en vano buscan mis ojos henchidos de lágrimas, ese misterioso desconocido, en donde te perdiste para siempre ¡oh caro amigo del alma!

Mis miradas se detienen ante esa “espantosa puerta” que traspasan los que emigran á la Eternidad, los viajeros que no vuelven. Allí, en el fondo de un marco de sombras se destaca la imponente figura de una mujer pálida, vestida con un pepló de inmaculada blancura, con la negra cabellera destrenzada, cayéndole en desorden sobre los hombros y la espalda, las pupilas fijas en el mundo de los vivos, el índice de la izquierda sobre el labio, como imponiendo silencio, y con el de la derecha señalando el infinito.

Y le he preguntado á esa pálida por tí ¡oh poeta dulcísimo!, mi hermano en el infortunio, mi hermano en el arte y mi hermano en la patria!... Y, sin decir palabra, esa mujer imponente me ha señalado la puerta sombría, y luego ha clavado sus ojos verdes en el azul del cielo.

Y he recordado con hondo pesar aquellos días, que ya me parecen muy lejanos, en que, reunidos todos los muchachos que soñábamos por aquel entonces con esa maga hechicera que se llama *Gloria*, los que amamos la virtud, la honradez y la hidalguía, los que adoramos á la Libertad y á la Patria, nos comunicábamos nuestras aspiraciones nobles, nuestros ensueños adorados, nuestros íntimos amores.....

Ah! una de tantas veces, lo recuerdo muy bien, leíamos juntos el *Intermezzo* de Heine y las *Rimas* de Bécquer, nuestras obras favoritas, cuando llegó á nuestras manos un periódico que traía en su sección literaria unos versos de Manuel Gutiérrez Nájera, escritos sobre la tumba, no sé si de un amigo, de un artista ó de un poeta, pero el caso es que eran sobre una tumba. ¡Oh! aquellos versos le encantaron á Jeremías: siempre me los recitaba; de ellos sólo se me han grabado

en la memoria éstos, que eran los que terminaban la composición :

*La puerta del salón no está cerrada,
Abierta la dejaste ¡ oh viajero !. . . .
Ha de volver la pálida enlutada. . . .
¿ Quién de nosotros marchará primero ?*

Oh ! este ultimo verso me lo recitaba siempre Jeremías :

¿ Quién de nosotros marchará primero ?

Cuando le ví por última vez, enfermo del alma, más que del cuerpo, con el corazón lleno de amarguras, agobiado por las desesperanzas, se disponía á marcharse á su pueblo natal. Fué á despedirse de mí : hablamos breve rato, pues andaba preciso; pero sin embargo, en pocas palabras hicimos recuerdos de nuestros buenos tiempos de *Bohemia*.—Ah ! entonces—me decía él —la fúlgida luz de la ilusión cintilaba con vacilaciones misteriosas; el céfiro impregnábase de aroma; la gardenia ostentaba su corola inmaculada con orgullo aristocrático. Mil náyades divinas pasaban con la dulce vaguedad de los ensueños; la música inefable de las aves hacía estremecerse de placer

á la Naturaleza entera; era aquello como la representación del ideal; era una ilusión que atariciaba; era la felicidad, la maga luminosa que hace palpitár el corazón y que se complace en fascinar á toda alma delirante y soñadora..... Mas todo aquello "pasó como pasan los sueños de un niño." Quise sufrir el dolor que ocasiona la ausencia de la patria, que entonces gemía maniatada por los déspotas, y fuí á comer el pan amargo del ostracismo á una república hermana. He regresado, y la patria, libre y altiva, no tiene ojos para los que la idolatramos. Pero todo está bien; el dolor hace al poeta.... quiero sufrir, quiero sentir, quiero llorar, para que las lágrimas que caigan de mis ojos sean la fuente cristalina de una radiante inspiración....."

Yo, en silencio, le escuchaba atentamente, con la mirada fija en aquellos ojos que ya languidecían, ojos de poeta enfermo, que parecían darme la despedida eterna. Le pregunté por su salud, y con tristeza me respondió:

—Mi salud.....ya me ves quizá en mi pueblo me reponga.....¡Adiós! no te olvides de mí.....Y estreché por última vez la mano trémula del amigo amado.

Y le ví perderse entre las sombras de la noche.

Y los genios invisibles, que cabalgaban en las alas de las brisas, repitieron :

*“Ha de volver la pálida enlutada
Él—el poeta—marchará primero !!”*

Y no le volví á ver : marchóse camino de la Eternidad.....

Ya no su lira imitará el arrullo
de gemebundas tórtolas,
ni el trino del gilguero,
ni el canto de la alondra.....

.....

* * *

Poeta : yo también, como tú, he sufrido, he amado, he sentido, he llorado.....¡Ah ! cuándo me perderé, también como tú, en el camino de la Eternidad !.....

